

Osama Bin Laden, El banquero del terror

Walter Goobar
Editorial Sudamericana

CAPITULO SEIS

KABUL: PETROLEROS ARGENTINOS

Salió de Buenos Aires en su jet privado como si fuera a hacer negocios en Manhattan. Vestido con impecable blazer azul de botones dorados, corbata de seda amarilla y mocasines italianos, aterrizó en el campamento de cada uno de los cinco jefes de las facciones en pugna por el poder en Afganistán. El empresario argentino Carlos Bulgheroni iba acompañado por dos ejecutivos armados con pesados portafolios repletos de papeles. "Parecía que iban a cerrar un trato en Wall Street en lugar de negociar con una banda de guerrilleros islámicos en una calle polvorienta de Afganistán", escribe el periodista paquistaní Ahmed Rashid, autor del libro *Los Talibán*. Rashid dedica un capítulo de su libro a narrar la historia de Bulgheroni, presidente de la petrolera argentina Bidas que, desde 1994, negociaba en secreto con los talibán y con sus enemigos de la Alianza del Norte para construir el gasoducto a través de Afganistán.¹ Bulgheroni, que conoció a la plana mayor de los líderes talibán, jamás se entrevistó con Osama Bin Laden. Sin embargo, asegura que la irrupción en el escenario afgano de este nuevo y omnipresente personaje hizo inviable su aventura petrolera con los talibán.² Pensando en el petróleo afgano y en su relación con los talibán, el Departamento de Estado norteamericano no puso mayor interés en la captura de Bin Laden o en el desmantelamiento de sus redes. En Afganistán, sus verdaderos enemigos eran los empresarios argentinos que le habían birlado un jugoso contrato. Rashid se cruzó con Carlos Bulgheroni en la mansión del mullá Mohamed Hassan, el gobernador talibán de Kandahar, un lisiado de guerra que anda sobre una pata de palo estilo Long John Silver, el pirata de La isla del tesoro, de Robert Louis Stevenson. Conociendo al gobernador de Kandahar, a Rashid le cuesta imaginar cómo puede haber transcurrido el diálogo entre el atildado empresario argentino y su anfitrión afgano, porque Hassan tiene una costumbre que desconcierta a sus visitantes: con su única pierna empuja la mesa ante la que se sienta. Durante la conversación con Bulgheroni, Hassan debe haber empujado la mesa alrededor de su silla una docena de veces. No debe haber sido sencillo para Bulgheroni comprender cómo ese hombre con quien estaba cerrando un trato multimillonario y que podría tener una prótesis ortopédica, prefería su pata de palo.

"Hacia un año que yo trataba de descubrir qué interés podía tener una compañía argentina, desconocida en esta parte del mundo, en invertir en un lugar tan riesgoso como Afganistán. Pero Bidas, como Unocal, mantenía un discreto silencio. Lo último que Bulgheroni quería era ser visto por un periodista saliendo de la oficina de un líder talibán. No quiso darme una entrevista: dijo que el avión de la compañía lo estaba esperando para llevarlo a la capital de la Alianza del Norte, Mazar-e-Sharif", escribe Rashid.³

El negocio iba a dejarle varios millones, pero no fue el dinero lo que en primera instancia llevó al dueño de la petrolera Bidas, de Papel de Tucumán, del liquidado banco BIBA, arquetipo de la llamada "patria contratista", amigo de Raúl Alfonsín y de Carlos Menem, y uno de los dueños de la Argentina, a emprender, en 1995, la aventura con los talibán.

Carlos Bulgheroni supo por el jefe de exploraciones de su compañía, Glen Nell, que existía una gigantesca reserva de gas y petróleo en Turkmenistán, país que limita por el norte con Afganistán. Sus expertos le aseguraron que invertir allí sería un negocio redondo. Se requería la construcción de un gasoducto que uniera Turkmenistán con Paquistán, donde se comercializaría el petróleo. El gasoducto debía atravesar necesariamente la zona montañosa afgana: mediría mil 492 kilómetros.⁴

Después de la caída de la Unión Soviética, Bidas –que para entonces era la tercera compañía petrolera independiente de Latinoamérica– resolvió arriesgarse en Siberia occidental. "Pero había demasiados problemas con los oleoductos y los impuestos de modo que, apenas Turkmenistán se abrió como mercado, allá nos fuimos", le contó Bulgheroni a Rashid en el único reportaje que concedió sobre sus aventuras empresarias en Afganistán.

En 1991, Bidas se convirtió en la primera compañía occidental en participar en una licitación en Turkmenistán. Sus eventuales competidoras lo consideraron una locura: esa ex república soviética quedaba lejos, estaba aislada y no tenía legislación alguna que protegiera las inversiones extranjeras.

Carlos Alberto Bulgheroni y su hermano Alejandro –vicepresidente de Bidas– habían heredado, sin duda, el espíritu intrépido de su padre, Alejandro Angel, el fundador del imperio. En Asia, los hermanos Bulgheroni tuvieron que empezar de cero, como su padre a finales de la década del '40, cuando abandonó el almacén familiar de ramos generales en Santa Fe para intentar fortuna en Buenos Aires. El negocio de los Bulgheroni fue el petróleo como podría haber sido cualquier otro. Porque Alejandro padre llegó a la Capital y se puso a estudiar el Boletín Oficial para ver qué necesitaba el Estado.

Enseguida descubrió que YPF requería bridas (los anillos que unen los tubos de extracción de petróleo). Averiguó cómo fabricarlas con un amigo que tenía un pequeño taller metalúrgico en Rosario. Sedujo a secretarías de la petrolera estatal para llegar hasta los funcionarios a los que debía convencer de su solvencia en la materia. Y ganó las

licitaciones que dieron origen a uno de los grupos empresarios más poderosos del país. Esa misma capacidad demoledora de persuasión con la que Bulgheroni padre se ganó a los directivos de YPF, fue la que demostró Carlos Alberto en tierra afgana.

El primero en caer en las redes del experto lobbista Bulgheroni fue el presidente turkmeno, Saparmurat Niyazov. El dictador se sintió halagado por la atención que le dedicaba Bulgheroni cuando ningún otro ejecutivo occidental se animaba siquiera a visitarlo, menos aún a proponerle un negocio. En enero de 1992, el gobierno de Turkmenistán entregó a Bidas la explotación del yacimiento petrolífero de Yashlar, en el Este, cerca de la frontera afgana. Al año siguiente, en febrero de 1993, le concedieron el de Keimir, al oeste, cerca del Mar Caspio. Como único postulante en un emprendimiento descartado de plano por eventuales competidoras, Bidas obtuvo condiciones más que favorables: el 50 por ciento de los beneficios en Yashlar y el 75 por ciento en Keimir.⁵

Bidas invirtió 400 millones de dólares en la exploración de esos yacimientos, una suma astronómica en aquellos primeros tiempos para una pequeña compañía petrolera, cuando las grandes ni siquiera se animaban en Asia Central. Acostumbrado al confort y un tanto excéntrico (aunque nunca cultor del lujo excesivo), Bulgheroni desembarcó en Turkmenistán con todo lo necesario y más. "Mis hombres no van a un lugar donde yo no pueda aterrizar", suele decir. Bulgheroni hizo de Keimir, sobre el Caspio, su cabecera de operaciones. Contrató ocho arquitectos –una extravagancia para el caso de campamentos petroleros– y en medio de la nada levantó ghettos bien occidentales para sus empleados, unos 35 directivos argentinos y 20 más de otras nacionalidades, sobre todo cubanos. Su esposa Teresita –conocida mecenas, hija del ex embajador de la última dictadura militar Ramón Aguirre Lanari– supervisó personalmente las tareas de decoración de los edificios. La señora de Bulgheroni viajaba a Estambul para comprar cortinas y artesanías en el Gran Bazar turco.⁶

En los seis años que duró la aventura, los campamentos del empresario argentino dieron trabajo a 900 personas, incluyendo a 200 argentinos. Fue la mayor dotación de trabajadores petroleros de una empresa argentina en el exterior. Los argentinos duplicaban el sueldo, pero duraban muy poco. Aunque no gastaban nada (Bidas tenía un hotel y un chef para las cuatro comidas diarias) el problema, decían, era el humor impredecible de su jefe.

Cuando no usaba su jet privado, Bulgheroni visitaba los yacimientos en un avión monomotor Antonov-2 de la Segunda Guerra, alquilado al gobierno turkmeno y equipado con viejos sillones de living como asientos. En noviembre de 1995, la periodista argentina Norma Nethe visitó los campamentos invitada por Bidas. Y, según contó en una nota publicada en el diario Clarín, Bulgheroni usaba como traductor a un ruso nostálgico y aporteñado, criado en La Paternal, que volvió a Moscú en la década del '50.

En el jardín de la base de Keimir estacionaba su Lincoln negro polarizado, un auto de lujo de la división especial de Ford que contrastaba rabiosamente con el parque automotor turkmeno.⁷ En Yashlar, Bidas concretó un mega hallazgo de hidrocarburos, un enorme yacimiento gasífero equivalente a casi dos veces todas las reservas de la Argentina. Bulgheroni se embarcó entonces en un faraónico proyecto de gasoducto de 2.500 millones de dólares que debía atravesar territorio afgano y llegar a Pakistán.

“Un gasoducto a través de Afganistán podía ser un negocio que contribuyera a la paz, difícil pero posible”, le dijo Bulgheroni al periodista Rashid en una entrevista.

En noviembre de 1994, justo cuando los talibán tomaron la ciudad de Kandahar, Bulgheroni logró persuadir una vez más al dictador turkmeno Niyazov: en esta ocasión para que estableciera un grupo de trabajo que estudiara la factibilidad del gasoducto que atravesaría Afganistán hasta llegar a Paquistán.

Cuatro meses después había convencido a la primera ministra paquistaní, Benazir Bhutto, para que uniera fuerzas a Niyazov. Bulgheroni seguía utilizando la capacidad de seducción heredada de su padre y las prácticas comerciales conocidas en la Argentina, donde se hizo célebre como uno de los integrantes de la conocida “patria contratista”. En marzo de 1995 Paquistán y Turkmenistán ya estaban firmando un pre acuerdo. “Este gasoducto será el portal de Paquistán hacia Asia Central, creará enormes posibilidades”, le dijo por entonces al periodista Rashid el marido de la primera ministra Bhutto, Asif Zardari, mientras le mostraba orgulloso un gran mapa de la ruta del gasoducto que tendría, en una primera etapa, 1.400 kilómetros, pero que después podría extenderse hasta India y China. Zardari agregó que el proyecto era posible gracias al control talibán de ciertos territorios.

Para entonces, la inteligencia y las fuerzas armadas paquistaníes ayudaban a los talibán a abrir una ruta de transporte -vía Herat y Kandahar- a Turkmenistán. Al mismo tiempo, Pakistán negociaba con Qatar y con Irán para conseguir suministros de gas a través de dos conductos independientes pero, en términos geo-estratégicos y con el enorme interés de Islamabad en Afganistán y Asia Central, la propuesta de Bidas ofrecía las mejores oportunidades.⁸

El proyecto de Bulgheroni tomaba forma y el empresario argentino emprendió la tarea de seducción con los señores de la guerra afganos.

“Me reuní con todos los dirigentes: Ismael Khan, en Herat; Burhanuddin Rabbani y Masud, en Kabul; Dostum, en Mazar; y los talibán, en Kandahar. Me recibieron muy bien en todas partes, porque tenían que reconstruir el país y necesitaban inversiones extranjeras”, le contó Bulgheroni al periodista Rashid. Por aquello de que “mis hombres no van a un lugar donde yo no pueda aterrizar”, el petrolero argentino hasta llegó a abrir una oficina en Kabul. En febrero de

1996, Bulgheroni ya había conseguido que los jefes de las tribus le firmaran un acuerdo de paso por territorio afgano por treinta años. A François Lafargue, catedrático de la muy selecta Ecole Centrale de París y de la Facultad de Derecho de Saint Quentin, en Yvelines, no le sorprende demasiado que una empresa mediana como Bidas pudiera adelantarse a las grandes compañías, como Amocco o British Petroleum en Afganistán. "Las pequeñas compañías deben multiplicar los riesgos. Les toca ir a donde las grandes compañías no se atreven a invertir para abrirse paso en el mundo muy cerrado y muy codiciado del petróleo. Fue el cálculo de Bidas. La nacionalidad de Bidas la ayudó en un primer momento. Argentina no es ni amigo ni enemigo de nadie en esa tensa región. Inspiró confianza a Niazov y a los talibán, a quienes Bidas empezó a hablar de la posibilidad de construir un gasoducto en Afganistán. ", dice Lafargue, quien fundó y dirige la revista geopolítica Cyrene, que en marzo de 1999 dedicó su edición a Afganistán. Después de los atentados en Nueva York y Washington, la revista se agotó y Lafargue tuvo que reeditarla.⁹ Pero el dueño de Bidas, sin saberlo, se tendió su propia trampa. La petrolera californiana Unocal, que el propio Bulgheroni presentó a turkmenos y afganos e incluyó en el ambicioso proyecto del gasoducto, terminó por robarle la idea y el negocio. Bulgheroni ya no era el único petrolero occidental interesado en el gasoducto. El académico francés y experto en temas petroleros afganos revela cómo operó Unocal para desplazar a la argentina Bidas: "El sistema político y legislativo estadounidense es bastante especial", dice Lafargue." Las grandes empresas, que intervienen activamente en la política exterior estadounidense y financian en gran parte las campañas presidenciales, tienen la posibilidad de contratar a antiguos altos funcionarios para defender sus intereses. Es lo que hizo Unocal, que no vaciló en contratar a Henry Kissinger, a quien no es necesario presentar; a Alexander Haig, ex jefe de la OTAN, efímero secretario de Estado que se dedica a los negocios desde 1981 y conoce muy bien al presidente Niazov; a John Maresca, ex representante de Estados Unidos ante la OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa), quien tuvo a su cargo el explosivo asunto del Alto Karabaj —región que se disputan Armenia y Azerbaiyán— y es también experto en la problemática de Asia Central; y finalmente a Robert Oakley, ex embajador norteamericano en Pakistán, quien fue el enlace con la resistencia afgana contra la invasión soviética y Washington.¹⁰

Ahora había otros capaces de seducir a Niyazov, presidente de Turkmenistán, quien empezó a pensar que Bidas sacaba provecho de su país con las ventajosas explotaciones petroleras. El 21 de octubre de 1995, en Nueva York, sucedió lo peor: en la propias narices de un grupo de ejecutivos de Bidas, Niyazov firmó un contrato con Unocal para la construcción del gasoducto que cruzara Afganistán. "Estábamos en estado de shock y le pedimos a Niyazov hablar a solas, pero él simplemente se dio vuelta y nos dijo: '¿Por qué no

construyen ustedes un segundo gasoducto?"" , recordó un ejecutivo de Bidas entrevistado por el periodista Rashid.¹¹

Henry Kissinger estaba presente en la ceremonia y su único comentario sobre todo el negocio fue que parecía "un triunfo de la esperanza sobre la experiencia". Sin embargo, los argentinos no estaban dispuestos a rendirse y así empezó la primera batalla del Gran Juego. "Nosotros somos apenas una compañía petrolera tratando de desarrollar los recursos de un país, pero terminamos metidos en un Gran Juego ajeno donde las grandes potencias se chocan," dijo más tarde Mario López Olaciregui, director adjunto de Bidas.

La decisión de Niyazov enfureció a Bulgheroni. "Unocal llegó a la región porque nosotros los invitamos. No había razón alguna para que no trabajáramos juntos. Al principio hasta consideraban ridícula toda la idea", le dijo Bulgheroni a Rashid. El dueño de Bidas demandó a Unocal ante una corte de Texas por robarle la idea. Reclamó 15 mil millones de dólares y en un arbitraje consiguió una indemnización de varios cientos, cuya cifra siempre se mantuvo en secreto.¹²

En marzo de 1998, cuando Osama Bin Laden estaba ya en la mira de Washington y sólo cinco meses antes de los atentados contra las embajadas estadounidenses en África —atribuidos al mismo Bin Laden—, el lobbista de Unocal, John Maresca se presentó ante el Congreso. Participó en una sesión de discusión sobre las fuentes de energía con la que podía contar Estados Unidos. Maresca defendió el proyecto de Unocal y abogó con convicción a favor del reconocimiento del régimen de talibán. Sin ese reconocimiento oficial estadounidense, Unocal no lograba convencer a los inversionistas asustados por un país que sólo tenía relaciones diplomáticas con Paquistán, los Emiratos Árabes y Arabia Saudita.

Pero la suerte no acompañaba a Unocal: en agosto de 1998 se produjeron los atentados contra las embajadas estadounidenses en Kenya y Tanzania, y el 22 de octubre de ese año la petrolera tuvo que retirarse de Afganistán.

Sin embargo, ello no implicaba el entierro definitivo de la aventura afgana:

--"Por supuesto que no", dice Lafargue. "Unocal quiso deshacerse de su participación y volvió a aparecer Bidas, que propuso adquirirla".

—¿Pero de dónde sacaba Bidas tantos fondos para lanzarse a semejante aventura?

—Entre 1999 y 2000 se aclaró ese misterio: Bidas crea con BP Amocco -una filial común- la empresa Panamerican, cuyas actividades rebasan las fronteras argentinas y se extienden al resto de Sudamérica. Pienso que en 1994 Bidas podía tener ciertos lazos con BP Amocco cuando intervino en Turkmenistán. Por lo menos las grandes compañías petroleras, que no querían correr demasiados riesgos financieros y buscaban preservar su imagen, observaron su hazaña y analizaron la fiabilidad del proyecto. Pensaron: si funciona,

intervenimos y compramos participación; si no funciona, pues no nos embarramos. Conscientemente o no, Bidas actuó como un submarino para grandes trasnacionales muy conocidas. Hoy en día todo está congelado, pero nada se canceló.¹³

Pese a que la traición turkmena y la intromisión de la Casa Blanca arruinaron el gran proyecto de Bidas, Bulgheroni se mantuvo como el preferido de los talibán.

BUENOS AIRES: TURISMO TALIBAN

En febrero de 1997 las bonitas secretarias de los ejecutivos de Bidas en Buenos Aires recibieron la orden de cambiar sus habituales minifaldas por polleras largas y usar mangas que cubrieran por completo sus brazos. No era para siempre, sólo la semana que iba a durar la visita del ministro de Minas talibán Ahmad Jan y su comitiva de hombres con turbante. El mullá Ahmad Jan, un próspero vendedor de alfombras en el bazar de Kabul antes de que descubriera su vocación político-religiosa, recorrió con Bulgheroni oficinas porteñas y campamentos petroleros del sur del país.¹⁴

Bulgheroni no sólo agasajó a Ahmad Jan y a su delegación en Buenos Aires; también los llevó a conocer las instalaciones de la empresa en el sur argentino. Posteriormente, Bulgheroni fue anfitrión de los mismos huéspedes en Texas, donde funcionaba una filial de su empresa.

El resultado fue óptimo: logró el apoyo talibán para un contrato de derechos de tránsito por territorio afgano, que Bidas pagaría al gobierno central y luego a las municipalidades afganas y sus respectivas tribus.

Pese al juicio con la californiana Unocal, Bulgheroni todavía creía posible la concreción del berretín de 1.400 kilómetros por tierras asiáticas. Contaba con una ventaja: la confianza de los talibán.

Bulgheroni había pasado horas tomando el té con las tribus afganas del desierto, se había molestado en conocer las relaciones tribales, étnicas y familiares de los líderes con los que trataba. Conocía la política y la historia de Afganistán. Además, no les exigía ninguna concesión política ni de respeto a los derechos humanos, como ocurría con el Departamento de Estado, del cual Unocal no se podía independizar. Sólo quería negocios.¹⁵

En negociaciones mano a mano, Bulgheroni se convirtió en el primer contacto de los talibán con el mundo de las grandes finanzas y la política petrolera mucho antes de que Osama Bin Laden se convirtiera en el enemigo número uno de los Estados Unidos: una pelea que según el periodista Hamid Mir -biógrafo de Bin Laden y autor de la primera entrevista desde que comenzaron los bombardeos- tuvo su punto de partida justamente en la lucha por el control del petróleo y en el emprendimiento de Bidas:

"Oasma había llegado a Afganistán en mayo del '96 y en noviembre de ese año los norteamericanos todavía apoyaban a los talibán en la ONU", cuenta Hamid Mir. "Los norteamericanos estaban contentos

con Osama y con los talibán. En esa época yo escribí un artículo crítico sobre el apoyo norteamericano a los talibán y el jeque Omar me mandó a llamar: `Usted esta equivocado los norteamericanos nos apoyan a nosotros pero nosotros no apoyamos a los norteamericanos', me dijo. También me contó que pese a las presiones estadounidenses- ellos iban a otorgarle el gasoducto a Bidas porque los argentinos se les habían acercado antes de que llegaran a Kabul. En esa misma reunión el jeque Omar vaticinó: `Cuando los norteamericanos descubran que estamos comprometidos con los argentinos, los norteamericanos van a convertir a Osama Bin Laden en un tema de conflicto'. El jeque Omar lo predijo en diciembre de 1996. Fue Bidas y no Osama Bin Laden fue el verdadero motivo que enfrentó a los ESTADOS UNIDOS con los talibán", afirma el biógrafo de Bin Laden.¹⁶

La periodista María Laura Avignolo, corresponsal en Londres del diario Clarín, afirma que durante las negociaciones Bulgheroni "se encontró una sola vez con el mullá Omar, líder máximo de los talibán, y protector de Osama Bin Laden". Fue Omar quien dio la última palabra para que se firmara con Bidas el contrato por los derechos de tránsito, ante la desesperación de la californiana Unocal. Como fruto de las negociaciones, Bidas se convirtió en la primera empresa occidental instalada en Kabul, capital afgana, con un equipo de empleados argentinos, afganos y turcomanos.

Hasta finales de 1998 Bulgheroni creyó posible su sueño del gasoducto. Recién en 1999, cuando Osama Bin Laden ya había llegado a Afganistán para quedarse, Bulgheroni consideró que su permanencia en ese país era imposible. Cerró sus oficinas en Kabul. El empresario ha dicho que fue un "cóctel de tráfico de drogas y terrorismo" lo que frustró finalmente el proyecto.

Bulgheroni no está solo en esa opinión: en julio de 2001 el director de la oficina de contraterrorismo del FBI en Nueva York, John P. O'Neill se reunió con los dos periodistas franceses que estaban escribiendo un libro sobre Osama Bin Laden. O'Neill era el funcionario norteamericano que más de cerca había seguido los pasos de Osama Bin Laden: había participado en la investigación del primer atentado contra el World Trade Center, en la de los ataques contra las embajadas estadounidenses en Africa y en la del ataque contra el destructor USS Cole en Yémen, pero O'Neill también les confió que estaba por renunciar al FBI porque se había convencido que la política petrolera y la necesidad de evitar a cualquier precio irritar a los sauditas, condicionaba la política exterior norteamericana. O'Neill les dijo a los autores del libro Bin Laden: La verdad prohibida, que el FBI estaba atado de manos para investigar el terrorismo internacional porque el Departamento de Estado intervenía permanentemente. Indignado con la política vacilante y oportunista de su gobierno, en agosto de 2001 renunció al FBI pero no vivió para contarlo: el 11 de septiembre la muerte lo encontró en el World Trade Center, donde acababa de ser contratado como nuevo jefe de seguridad. 17

WASHINGTON: NEGOCIAR A CUALQUIER PRECIO

"Los atentados perpetrados en agosto de 1998 contra las embajadas estadounidenses en Kenya y Tanzania hicieron que Washington abandonara la carta talibán y que las petroleras archivaran sus proyectos afganos durante seis escasos meses", afirman los periodistas Jean Charles Brisard y Guillaume Dasquié, en Bin Laden, la verdad prohibida. "El 1 de febrero de 1999, el Departamento de Estado reanudó los contactos con los talibán y los mantuvo hasta el 2 de agosto de 2001, a pesar de las múltiples denuncias internacionales sobre las arbitrariedades cometidas por el gobierno talibán contra el pueblo afgano.

Brisard y Dasquié relatan que el número dos de la diplomacia estadounidense, el subsecretario de Estado, Strobe Talbott, viajó a Islamabad para encontrarse con varios representantes del régimen talibán. Discutió con ellos las pruebas de culpabilidad de Osama Bin Laden y de su organización Al Qaeda en los atentados de Nairobi y Dar-es-Salaam. Les entregó también una carta en la que se pedía oficialmente la extradición de Bin Laden. El 4 de julio de 1999, Clinton recibió oficialmente al primer ministro paquistaní Nawaz Sharif en Washington mientras que India y Paquistán se enfrentaban violentamente en Cachemira. Clinton le puso un ultimátum a Sharif para que retirara a sus militares de Cachemira, donde entrenaban y dirigían a los combatientes islámicos formados por los servicios secretos paquistaníes (ISI).

A cambio, el primer ministro de Paquistán aceptó pedir al general Khawaja Ziauldine, jefe del ISI, que viajara a Kandahar para tratar de convencer al régimen talibán que extraditara a Osama Bin Laden. Todo funcionó. El 5 de noviembre, Ziauldine conversó con el mullá Omar, que dijo estar dispuesto a cooperar. El 7 de octubre de 1999 pidió al ISI que cerrara todos los campos de entrenamiento que se encontraban en la frontera entre Afganistán y Paquistán. Pero el 12 de octubre, el jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas, general Parvez Musharraf derrocó a Nawaz Sharif y todos los esfuerzos de mediación fueron aniquilados.

En ese contexto, el 15 de octubre de 1999, el Consejo de Seguridad de la ONU votó la resolución 1267 que exigía a Kabul la extradición de Bin Laden y amenazaba con aplicar algunas sanciones económicas. En enero de 2000, después de las señales de buena voluntad del jeque Omar, los consejeros diplomáticos de Clinton consideraron que era razonable volver a iniciar el diálogo. El 20 de enero de 2000, el asistente del secretario de Estado responsable de Asia viajó a Islamabad. Esa visita de Karl Inderfurth fue de hecho el primer contacto entre la administración Clinton y el general Musharraf. El tema de las conversaciones: la extradición de Bin Laden y la normalización de las relaciones de la comunidad internacional con el régimen talibán. Inderfurth habló largamente con Tom Simons,

embajador de Estados Unidos en Paquistán, quien no tardó en convertirse en un elemento clave en las negociaciones secretas con los talibán que se llevaron a cabo hasta agosto de 2001.

El Departamento de Estado decidió acelerar sus negociaciones bilaterales con Kabul. El 26 de septiembre de 2000, el Middle East Institute, con sede en Washington, organizó la rueda de prensa de Abdur Rahmin Zahid, ministro talibán de Relaciones Exteriores, quien afirmó que las autoridades religiosas afganas habían creado una comisión de investigación especial para examinar la responsabilidad de Bin Laden en los atentados de agosto de 1998 y pronunciarse sobre su eventual extradición.

En las últimas semanas de su mandato, Clinton endureció su posición hacia los talibán, y el 19 de diciembre de 2000, el Consejo de Seguridad de la ONU votó a favor de fuertes sanciones económicas contra Afganistán y aprobó el congelamiento de parte de los bienes económicos del régimen talibán. Sin embargo, dicen Brisard y Dasquié, la llegada de Bush a la Casa Blanca con el apoyo del poderoso lobby petrolero volvió a recalentar la atmósfera.

LONDRES: EL MISTERIO TALIBAN

Coincidiendo con la llegada de George Bush a la Casa Blanca, el experto británico en temas de Afganistán escribió: "El ascenso de George W. Bush a la presidencia de los Estados Unidos puede aportar nueva luz en torno a, por lo menos, dos misterios centrales sobre los Talibán ... El primero se refiere a la extensión con que la administración Clinton alentó a viejos aliados de la Guerra Fría, Paquistán y Arabia Saudita, para reclutar y financiar una fuerza militar tribal que pusiera fin al caos de los guerreros afganos en la era post-soviética. El segundo misterio consiste en aportar una explicación coherente sobre la estudiada incompetencia del FBI, la CIA y otras agencias norteamericanas de inteligencia para resolver las supuestas amenazas a los Estados Unidos por parte de Osama Bin Laden y su organización. Los lazos de Bush con la industria energética, particularmente a través de la petrolera Unocal, son lamentables, ya que tienden a restringir aún más el conocimiento de la política norteamericana en Afganistán, en la última parte de la década de los '90." 18

PARIS: LA TRAMA SECRETA

El recambio presidencial en la Casa Blanca de demócratas por republicanos reforzó la decisión de Washington de negociar con los talibán. George W. Bush había sido elegido en gran parte gracias al apoyo financiero del sector petrolero estadounidense, que según los demócratas aportó 3 mil millones de dólares al candidato republicano, un monto suficiente como para considerar esas negociaciones una prioridad absoluta.

En el gobierno de Bush hay un buen número de funcionarios procedentes de la industria energética, para los cuales resultaba muy

importante estabilizar Asia Central y ninguno de ellos aceptó renunciar a los proyectos del gasoducto y el oleoducto que debían atravesar Afganistán.

Las compañías petroleras de Texas encabezaron los grupos que contribuyeron financieramente a la campaña de Bush y el vicepresidente Dick Cheney dirigió durante mucho tiempo Halliburton, una empresa líder entre los prestadores de servicios de la industria petrolera, a su vez la directora del Consejo Nacional de Seguridad, Condoleezza Rice, trabajó nueve años en Chevron, tiempo durante el cual siguió con particular atención todo lo que tenía que ver con Asia Central.

Favor con favor se paga: el 29 de enero, sólo cuatro días después de asumir la nueva administración, el vicepresidente Cheney organizó una estructura informal, la Energy Policy Task Force, cuya misión era poner en marcha la política energética y priorizar el desarrollo de nuevas asociaciones en Asia.

Según los autores de Bin Laden: la verdad prohibida -que son dos periodistas franceses especializados en inteligencia económica-, "los dirigentes de los grupos petroleros norteamericanos saben muy bien que el panorama de la región está cambiando: Moscú y Pekín multiplican los acuerdos para construir oleoductos que podrían monopolizar el transporte de las reservas de Asia Central. Si la situación sigue así, pronto los campos de petróleo y de gas de Kazajstán, Turkmenistán y Uzbekistán, que pertenecen a compañías estadounidenses, serán exclusivamente conectados a oleoductos y gasoductos controlados por Rusia y China".

Esto llevó a la administración Bush a reanudar el contacto con los talibán. El Departamento de Estado confió a Christina Rocca la organización de estas conversaciones con los talibán. Se trataba de una ex funcionaria de la CIA que estuvo a cargo de esa región de 1982 a 1997, en calidad de agente de la Dirección de Operaciones. Coordinó durante varios años las relaciones de la CIA con los grupos fundamentalistas islámicos y supervisó parte de la entrega de los misiles Stinger a los mujaidines afganos durante la guerra contra la Unión Soviética.

La propuesta norteamericana -vehiculizada también a través de la ONU- consistía en lograr la firma de un armisticio entre los talibán y la Alianza del Norte, la creación de un gobierno de unidad nacional y la extradición de Bin Laden. En otras palabras, se pedía a los talibán a que renunciaran gentilmente a parte de su poder y aprobaran las prioridades de Estados Unidos.

Según explican Brisard y Dasquié, paralelamente a estas reuniones secretas en las que los representantes del gobierno de Bush presionaban a los talibán para que entendieran que su supervivencia dependía de la entrega de Bin Laden y de la aceptación de la Alianza del Norte en un gobierno de unidad nacional, el representante especial del secretario general de la ONU para Afganistán, el catalán Francesc Vendrell, empezó a visitar al rey Zahir Shah en Roma, para

convencerlo de que era el único personaje capaz de aglutinar a todas las fuerzas de Afganistán, incluyendo o no a los talibán. Por supuesto, los talibán se enteraron de estos encuentros.

Cuando Christina Rocca, la encargada en el Departamento de Estado de las conversaciones con los talibán viajó por última vez a Islamabad el 2 de agosto para volver a exigir al embajador talibán en Paquistán la extradición de Bin Laden, ya no había mucho que conversar. Durante las tratativas secretas con Estados Unidos, los talibán no solo percibieron el doble mensaje norteamericano sino llegaron a la conclusión, equivocada o no, de que Washington preparaba una intervención militar bastante importante en su contra. Por ese motivo, tampoco le fue difícil a Bin Laden convencer al jeque Omar de que si lo abandonaba, no tardaría en ser aniquilado: era mejor pegar primero y sus células dormidas en Estados Unidos sólo esperaban su luz verde.

KARACHI: LOS HEROES, LA HEROINA Y EL OPIO

La región de Asia Central no sólo es estratégica por sus extensas reservas petroleras. También produce tres cuartas partes del opio mundial, que representan ganancias multimillonarias en dólares a los cárteles empresariales, instituciones financieras, agencias de inteligencia y al crimen organizado. Entre 100 y 200 mil millones dólares, es decir un tercio de las ganancias anuales mundiales en drogas -calculadas por las Naciones Unidas en 500 mil millones de dólares-, provienen de la Media Luna de Oro, la región montañosa ubicada entre Irán, Afganistán y Paquistán.¹⁹

En Paquistán, una dosis de heroína cuesta muy poco, entre 30 y 50 rupias, menos de un dólar. Por eso en las calles de Karachi, la ciudad del ahorcado presidente Zulfikar Ali Buttho, en los rincones de Lahore o Peshawar -las ciudades recorridas por los personajes de Rudyard Kipling, Marco Polo o Lawrence de Arabia- hay legiones de drogadictos aturcidos y tambaleantes con agujas colgando de brazos o piernas. Se inyectan a plena luz del día porque ya no tienen nada que perder. En un país con tantas prohibiciones contra el alcohol y las drogas, no es extraño que esto ocurra. Lo raro es que se vea.

En menos de una década, el régimen talibán ha conseguido convertir a Afganistán en el primer productor mundial de opio, la droga que el escritor inglés de Quincey llamó en sus confesiones "el veneno dulce y casto". Bajo el régimen de esos árbitros de la moral más estricta, el opio ha estado a punto de convertirse en el opio del pueblo. Una herencia más de esta guerra tan poco santa.

El mercado de opio al aire libre en la ciudad de Sangin, en la provincia de Helmand -donde se cultiva el 50% del opio afgano-, es tan grande como infinita la extensión de los campos de mortales amapolas. En 1999, las 91 mil hectáreas dedicadas al cultivo de opio produjeron la cifra récord de 4.600 toneladas, nada menos que el 79% de la producción mundial.

Cuando los talibán conquistaron el poder, en 1996, prohibieron el cultivo del hachís, la droga tradicional de los afganos, y persiguieron su consumo, pero permitieron el opio. El motivo de esta decisión se lo dio al periodista paquistaní, Ahmed Rashid, el jefe antidroga talibán: "El opio lo consumen los kafirs (no creyentes) de Occidente y no los afganos y musulmanes". Es la misma lógica que emplea la milicia pro iraní Hezbollah, en el sur del Líbano: el edicto religioso especial para distribuir droga dura como un arma ideológica en la guerra contra Israel y Occidente, probablemente se originó en Irán. El propósito: desestabilizar a la sociedad y golpear a la juventud.²⁰

Michel Chossudovsky, profesor de economía de la Universidad de Ottawa, quien ha realizado una historia detallada sobre la carrera de Bin Laden, su financiamiento secreto y su apoyo logístico a organizaciones terroristas, escribe: La historia del comercio de estupefacientes en Asia Central está íntimamente ligada a las operaciones encubiertas de la CIA. Antes de la guerra afgano-soviética la producción de opio en Afganistán y Paquistán era dirigida a pequeños mercados regionales. No había producción local de heroína.²¹

Contra lo que pudiera pensarse, la cosecha de opio en Afganistán fue marginal durante siglos y su cultivo estuvo prohibido la mayor parte del siglo XX, hasta 1979. En ese año, la combinación de la invasión soviética del país y su prohibición en Irán por parte del ayatola Jomeini, disparó la producción. Con la guerra contra la URSS y el apoyo norteamericano a los mujaidines, su crecimiento fue exponencial. El opio se convirtió en el principal recurso financiero de los servicios de inteligencia. Como resultado de la lucha contra los soviéticos primero, y de la guerra civil después, media docena de señores de la guerra se repartieron los despojos de un país en el que murieron más de un millón de habitantes, la mitad de los pueblos fueron bombardeados, un tercio de las granjas, abandonadas, y la producción de alimentos descendió un 66%.

La victoria talibán sólo sirvió para que el cultivo del opio no dejara de aumentar año tras año. Sus ingresos los liberaban también de la tarea de alimentar a la población. Los talibán cobran impuestos del 10% y el 20% sobre su cultivo, transporte y exportación. Esa recaudación se destina a los lujos particulares de estos monjes-soldados y a la compra de armas, y ha generado -como escribió el periodista Ahmed Rashid en la revista *Foreign Affairs* "una economía criminalizada que ha desestabilizado a todos los Estados de la región". Y que financió -añadía Rashid en 1999, citando fuentes oficiales de los Estados Unidos- "las operaciones de Osama Bin Laden".

Un estudio del profesor Alfred McCoy de la universidad de Yale confirma que, en los dos años que siguieron a la irrupción de los servicios secretos norteamericanos en Asia Central, las "tierras fronterizas de Paquistán y Afganistán se transformaron en las primeras del mundo en producción de heroína".²² El 60% del

suministro de heroína procedía de esas regiones. En Paquistán, la adicción a la heroína pasó de un nivel próximo a cero en 1979, a 1.200.000 en 1985. Según el informe Tendencias Mundiales de las Drogas Ilícitas 2001 de la ONU, en 1999 el número de adictos era de 2,4 millones de personas, cifra que el periodista Rashid eleva seis millones, un crecimiento más alto que en ninguna otra nación. Los agentes de la CIA controlaban este comercio de heroína. En cuanto los guerrilleros mujaidines tomaban territorio en Afganistán, ordenaban a los campesinos plantar opio, como un impuesto revolucionario. Cruzando la frontera, en Paquistán, los líderes afganos y los cárteles locales -bajo la protección de la inteligencia paquistaní- operaban cientos de laboratorios de heroína. Durante esta década la agencia estadounidense de combate a las drogas (DEA) no logró en Islamabad arrestos ni detenciones importantes. Los oficiales estadounidenses se negaron a investigar a sus aliados afganos por tráfico de heroína."La política de narcóticos de ESTADOS UNIDOS se subordinó -añade McCoy- a la guerra contra el invasor soviético." En 1995 el director de la CIA para el sector de Afganistán, Charles Cogan, admitió que "había sacrificado la guerra contra la droga en el altar de la Guerra Fría". "Nuestra misión consistió en causar el mayor daño posible a los soviéticos. No teníamos ni los recursos ni el tiempo suficientes para dedicarnos a la investigación del tráfico de estupefacientes. Creo que no debemos pedir perdón por ello. Cada situación tiene sus imponderables. El objetivo principal se cumplió. Los soviéticos abandonaron Afganistán". Ellos, los rusos, que combatieron a 40 grados bajo cero para salvarse y salvar a Occidente de la amenaza integrista.²³

La CIA contó para aquel trabajo sucio con un aliado de excepción: los servicios militares de Inteligencia paquistaníes, el ISI, considerado un gobierno invisible, un Estado dentro del Estado, un poder paralelo fundado poco después de la independencia en 1948 y adiestrado por la CIA y el servicio francés SDECE. Hoy cuenta entre militares, agentes, analistas, burócratas, espías e informantes, con unas 150 mil personas, según revela el semanario paquistaní Independent. La revista británica especializada en defensa, Jane's Defense Weekl, y confirma que "la mitad del poder humano y del equipamiento de los talibán se originó en Paquistán bajo el ISI".

Los servicios secretos paquistaníes son los únicos que tienen acceso a Osama Bin Laden y podrían tener agentes entre los hombres de confianza del fugitivo saudita. ¿Estarán dispuestos los generales del ISI a compartir su información con los Estados Unidos como han prometido? El general Hamid Gul, ex jefe del ISI entre 1987 y 1989, lo duda. Insiste en que el ISI tiene un compromiso ideológico, étnico y religioso con el movimiento talibán y con el propio Osama Bin Laden. Pero además de los lazos religiosos que plantea Gul, también hay un compromiso económico. ²⁴

--"La invasión de Afganistán salvó a Paquistán y al dictador integrista, general Zia Ul-Haq, de la quiebra", señala el periodista Manuel

Leguineche, un veterano corresponsal de guerra español que visitó Afganistán media docena de veces en los últimos años: "La Media Luna de Oro, que es la región montañosa entre Irán, Afganistán y Paquistán donde se cultiva el opio, producía entre 100 mil millones y 200 mil millones de dólares de beneficios para el crimen organizado, las instituciones financieras y los servicios secretos", afirma Leguineche.²⁵

El lema del presidente Zia Ul-Haq era "Fe, piedad, abstinencia y guerra santa en el nombre de Dios", lo que mostraba sus sólidas inclinaciones religiosas. Murió en un extraño accidente de aviación. Los dólares de la heroína le permitieron financiar al devoto y puritano general su programa nuclear y las operaciones encubiertas en Afganistán y Cachemira. También aparecieron técnicos extranjeros con sus equipos para refinar el opio. "Enseñaron a los campesinos - señala Emma Duncan en *Breaking the curfew*- a producir heroína y venderla en los mercados mundiales". De dos kilos de opio se extraen 200 gramos de heroína pura que, cortada y mezclada con otras sustancias, generan ganancias de 4,5 millones de dólares en Europa y los Estados Unidos.

El dinero procedente de la droga sirvió como catalizador para la desintegración de la URSS y el nacimiento de seis nuevas repúblicas musulmanas en el Asia Central. La CIA, el ISI y su aliado Osama Bin Laden aplaudían desde las sombras. El experto francés Alain Labrousse, fundador del Observatorio Geopolítico de Drogas (OGD), el centro más importante de Europa para la investigación del crimen organizado, confirma el papel que desempeñaron los servicios norteamericanos: "Desde el comienzo del conflicto afgano, el servicio de Inteligencia del Ejército paquistaní, el ISI, recibió el encargo de los Estados Unidos de distribuir la ayuda financiera y militar a la resistencia afgana. Este hecho tuvo consecuencias políticas de importancia en la medida en que favoreció a los sectores más integristas de la oposición armada. Se aprovecharon también de la posición de monopolio para traficar con heroína". En otras palabras, respaldado por la inteligencia militar paquistaní (ISI), que a su vez estaba controlada por la CIA, el Estado islámico talibán estaba, en gran medida, sirviendo a los intereses geopolíticos estadounidenses. El tráfico de estupefacientes es un modo clásico de financiación de las guerras. En ese sentido el caso afgano no fue una originalidad: ya había sido empleado en la guerra secreta de Laos (Indochina), como puso al descubierto el libro *Crímenes de patriotas*, de Jonathan Kwitny, con el testimonio de Alfred McCoy.

Dos décadas antes del escándalo Irán-Contras los mismos personajes armaron en Laos un ejército clandestino integrado por miembros de la tribu Hmong y dirigido por Vang Pao, un traficante de opio y ex mercenario francés. Una de las herramientas secretas de aquella guerra nunca reconocida y que violaba la neutralidad de Laos, era una compañía de aviación, Air America, cuya propietaria era la CIA. El auge de la heroína en el mercado internacional de la droga

coincidió con aquella guerra secreta en Laos. Los Hmong, cultivadores ancestrales del opio, financiaban la compra de armas que les proveía la CIA con la heroína que transportaban hacia Europa y los ESTADOS UNIDOS los aviones de Air America. Revisando la lista de los principales protagonistas de la operación clandestina en Laos se comprueba que son los mismos que dos décadas más tarde se reunieron nuevamente para ensayar los viejos trucos en la guerra contra Nicaragua: Richard Secord dirigía en Tailandia la rama aérea del grupo de operaciones especiales conjuntas de la CIA y el Pentágono. Theodore Shackley fue el jefe de la estación de la CIA en Vientiane y luego en Saigón. El asistente de Shackley, Tom Clines era el responsable de la CIA en la base de Vang Pao desde donde partían los cargamentos de heroína. Donald Gregg, asesor de seguridad del vicepresidente Bush había servido bajo las ordenes de Shackley en Vietnam. Eugene Hasenfus, el piloto que cayó en territorio nicaraguense corroborando la existencia de la Southern Air Transport, había sido encargado de cargas en Air America. John Singlaub era el comandante que supervisaba las misiones especiales en Laos, mientras que Oliver North sirvió, bajo las ordenes de Singlaub, como agente paramilitar que operaba junto a los Hmong.

El comercio de la droga de la Media Luna de Oro también fue usado para financiar y equipar, a principios de los ´90, al Ejército Musulmán Bosnio y al Ejército de Liberación de Kosovo (KLA); y hay pruebas de que mercenarios mujaidines lucharon en las filas de los terroristas del KLA-NLA en sus asaltos a Macedonia.²⁶

Esto explica porqué Washington cerró los ojos al reino de terror impuesto por el régimen talibán, incluyendo las violaciones de los derechos de la mujer, el cierre de las escuelas para niñas, el despido de empleadas de las oficinas gubernamentales y la puesta en práctica de las leyes de castigo físico. Las conexiones financieras entre los republicanos de Bush y Osama Bin Laden no son nada nuevas: se han mantenido intactas a lo largo de los últimos 20 años. Y lo que parece ser una nueva alianza con Paquistán es meramente una nueva manifestación de una sociedad de décadas en el comercio de la heroína. Al menos eso piensan los hindúes, enemigos estratégicos de los paquistaníes.

NUEVA DELI: EL NORIEGA DE PAQUISTAN

El 4 de septiembre de 2000, B. Raman, director del Instituto para Estudios de Estratégicos de la India, escribió una carta abierta al Congreso de Estados Unidos. El documento de ocho páginas, titulado "El Noriega de Paquistán", revela la profundidad del involucramiento del gobierno paquistaní en el narcotráfico.²⁷

La carta dice: "Durante el régimen de Zia-ul-Haq en los años ´80, la heroína se convirtió en una fuente extra de ingreso, no sólo para Paquistán –y especialmente el ISI y el sector nuclear y de misiles-, sino también para muchos altos oficiales del ejército, incluyendo al

general Parvez Musharraf, actual jefe de la junta militar que gobierna Paquistán".

"La forma en que el general Musharraf y sus socios han usado narcodólares generados por la venta de heroína para prevenir el colapso de la economía, no ha recibido atención alguna de Estados Unidos".

"Eso se entiende meramente a través de los indicadores económicos. Paquistán debe estar en una situación tan precaria como Rusia o peor aún porque ésta ha recibido asistencia occidental y del FMI".

"¿De dónde viene el dinero? Del contrabando de heroína a Europa, Estados Unidos y Canadá. El gobierno de Estados Unidos habrá sacado la asistencia económica... del dinero de los contribuyentes. Pero, ¿por qué deberían preocuparse los Noriega de Paquistán, cuando ellos reciben miles de millones de dólares vendiendo heroína en los Estados Unidos?".²⁸

KABUL: LAS LAGRIMAS DE ALA

El cineasta francés François Margolin vivió en Afganistán cinco semanas, entre mayo y junio del año pasado. Fruto de ese "viaje a la Edad Media, a un mundo sin imágenes ni aparatos", como dice, es su documental L'opium des taliban.

Margolin tuvo la oportunidad de ver a "niños trabajar en los laboratorios de heroína en la ciudad de Jalalabad, al este de Kabul, cerca de la frontera con Paquistán; verificó la participación de los mullás en el tráfico; vio los convoyes de droga saliendo hacia Paquistán sin ningún control fronterizo; y le sorprendió el hecho de que sea Kandahar -donde vive el jeque Omar, el "príncipe de los creyentes"-, la única ciudad con electricidad y comercios abastecidos.

En julio de 2000, el jeque Omar promulgó un edicto prohibiendo el cultivo del opio, principalmente porque veía los estragos que la droga estaba produciendo entre la juventud combatiente de su grupo.

Enviados de la Organización de Naciones Unidas comprobaron en marzo del año 2001 la casi nula producción de amapola en las zonas controladas por los talibán. La medida no sólo perjudicó a los campesinos que venían sufriendo cuatro años de sequía sino, esencialmente, a los servicios paquistaníes que perdieron de la noche a la mañana su principal fuente de ingresos.

"Todos son hipócritas. Todos. El Islam prohíbe la droga, pero el mullá Omar permite o suspende el cultivo según su conveniencia. La Alianza del Norte se ha beneficiado del negocio de la droga desde el principio, fueron los primeros que cultivaron a gran escala la amapola y los primeros que reprimieron a las mujeres. Los talibán no han inventado nada", señala Leguineche.²⁹

La hipocresía talibán tuvo su contrapartida norteamericana: el 17 de mayo de 2001 el secretario de Estado Colin Powell anunció un regalo de 43 millones al Talibán, como una supuesta recompensa por su erradicación de plantíos de opio. De acuerdo a la columna de Robert

Scheer, en Los Angeles Times, eso convirtió a Estados Unidos en el más grande benefactor del Talibán.³⁰

Pero desde que comenzó la ofensiva norteamericana han vuelto a cultivar opio porque necesitan fondos. Los campesinos están esperando la cosecha y han empezado a transportar la droga que tenían almacenada utilizando a los contrabandistas, que además trafican con armas y con refugiados.

"Se acerca una nueva guerra del opio, pero no como las que se libraron entre China y el Imperio Británico en el siglo XIX (1840-1842 y 1856-1860). Es, más bien, una guerra contra el opio", vaticina Manuel Leguineche.³¹

La revista de defensa británica Jane's publicó las "bondades" de la droga afgana y reveló que Osama Bin Laden ha financiado la producción de una nueva heroína líquida con la intención de inundar los mercados occidentales. La heroína líquida es conocida con el nombre de "Las lágrimas de Alá" y sus efectos son mucho más potentes y activos.

El informe de Jane's señala que la caída de los precios de la heroína se debe a que los traficantes de Asia Central buscan un lugar para esconder las toneladas que tienen almacenadas, pero advirtió: "Cuando los cargamentos estén a salvo, el precio volverá a subir". Lo que es seguro es que la CIA apuesta a los traficantes de drogas para encontrar a Bin Laden. La Casa Blanca ha ofrecido 25 millones de dólares por la cabeza de Osama, y en los valles donde se cultiva la amapola del opio y en las escarpadas montañas donde se procesa la heroína muchos sueñan con hacerse inmensamente ricos. La CIA nunca admitirá que sus agentes contactan con los barones del narcotráfico de la franja fronteriza, pero el comentario que hizo recientemente el vicepresidente Cheney, que la CIA necesita "irse a la cama con personajes desagradables", parece una broma. Porque ésa es una cama que la CIA nunca ha dejado.

REFERENCIAS